

Enfrentando el Pecado en la Educación

Ronald W. Kirk
Agosto, 2002

Hacer caso omiso del pecado inherente en nuestros propios hijos es pasar por alto el sacrificio de Cristo por aquellos que nos son más preciados, con consecuencias quizá funestas. Por otro lado, la corrección y el cuidadoso entrenamiento que constituye la educación ayudarán a preparar al niño para caminar con Cristo por una vida de servicio e influencia positiva para el Reino de Dios.

Los estragos del pecado entre los hombres debiesen poner en alerta roja a los padres Cristianos. Debido a que tenemos una predisposición natural hacia él, el pecado se propaga como un fuego arrasador. Para salvar a la humanidad de la influencia fatal del pecado del momento, Dios, en el Gran Diluvio, destruyó una población calculada de manera conservadora en un billón de personas aproximadamente.¹ Desde la antigua práctica Romana de la crucifixión, pasando por la tortura medieval de las cámaras, hasta el asesinato en masa perpetrado por los regímenes comunistas del siglo veinte, el mal grotesco es la norma más o menos natural e histórica. Los hombres debiesen recordar que aquellos capaces de tan horribles actos fueron también niños pequeños una vez.

Sin embargo, la Fe profundamente Bíblica de la Reforma y los Estados Unidos de los comienzos inhibieron el crecimiento y propagación del mal. La influencia Cristiana, comenzando con el entrenamiento del niño, produjo una norma de bondad y libertad. Sin embargo, una vez más el mal se ha desenfrenado. Esto no debiese ser ninguna sorpresa cuando la doctrina Bíblica del pecado apenas recibe algo de atención incluso entre los Cristianos. Hoy, con Cristo reinando por el Espíritu Santo desde la diestra del Padre y dándole poder a Sus santos para hacer el bien (*2 Cor. 12:9; Efe. 1:19; 2:10*), la complacencia indolente con respecto al pecado no tiene excusa.

PREPARANDO UN BUEN TERRENO

La Parábola del Sembrador, narrada por Cristo, declara que el evangelismo consta de *dos* partes. En esta parábola la Semilla es la Palabra de Dios proclamada. La Semilla produce su efecto en la buena tierra. Sin embargo, ninguna tierra buena se da por accidente en la naturaleza, porque es caída. De igual manera, ninguna bondad ocurre naturalmente en el corazón del hombre. El pecado endurece el corazón y ahoga el mensaje del evangelio. De acuerdo a la providencia de Dios, la buena tierra resulta del trabajo tanto en la naturaleza como en el corazón humano. El trabajo duro es un acto de fe. Entonces, Dios mismo produce efectivamente la cosecha y es quien hace que el alma salvada dé mucho fruto. Tal trabajo sacrificial es el servicio razonable para el don de gracia. Sin embargo, debido al pietismo histórico, por doscientos años la iglesia se ha concentrado casi exclusivamente en un evangelismo verbal.

¹ John C. Whitcomb y Henry M. Morris, *El Diluvio del Génesis: El Registro Bíblico y Sus Implicaciones Científicas* (Philipsburg, NJ: Presbyterian and Reformed Publishing Co.: 1961), p. 26.

Los Cristianos con un pensamiento bíblica y evangélicamente orientado debiesen, una vez más, confrontar el pecado por medio de una influencia piadosa. En esta obra no hay frontera más importante para el evangelio que nuestros propios hogares. La evangelización efectiva de nuestros niños debe incluir el borrar los efectos del pecado por medio del proceso educativo. Tal entrenamiento no solamente preparará a las familias para la salvación, sino que también preparará a los niños para tener una influencia piadosa en una sociedad desesperadamente necesitada, y contribuirá a la preparación de otros para el evangelio. El criar exitosamente a un niño para Cristo puede producir un efecto multiplicativo hacia la salvación de muchos. Por lo tanto, como parte esencial de la educación, enfrentemos el pecado de nuestros niños.

He aquí la psicología esencial y la premisa educativa de las Escrituras: Aunque creado a la imagen de Dios, el niño es un ser caído en el pecado. Aunque posee un valor inherente, es perezoso y recalcitrante en contra del requerimiento de Dios de tomar dominio sobre la tierra, independientemente de sus logros o contribuciones. A semejanza de Dios, posee un gran potencial. No obstante, el niño requiere corrección y redención. Los niños son hijos de Adán y poseen la misma naturaleza profundamente rebelde. El niño natural, un esclavo del pecado, se dirige precipitadamente hacia la muerte. El pecado revuelve las facultades mismas del niño. Los padres prepararán el terreno del corazón y la mente maleable del niño para recibir la gracia de Dios, o le condenarán a la escuela de los golpes duros en el mundo del pecado, asumiendo que Dios hará escarmentar al niño por medio de las duras experiencias de la vida “en las calles.” Aunque no hay condenación para aquellos que están en Cristo Jesús, la corrección es un camino de vida, y nosotros los padres debemos ponernos a la altura del llamado.

El mensaje de Efesios 4:20-29 declara que los Cristianos necesitan disciplina, es decir, práctica dirigida. Pasajes tales como Gálatas 3:24-4:3 y Proverbios 22:6 indican que el niño necesita *entrenamiento*. La práctica consistente forma hábitos de conducta para bien o para mal. Igual que un esclavo, al niño se le debe decir qué hacer y cómo hacerlo, y debe ser dirigido hacia la *práctica* apropiada. De otra manera obedecerá servilmente a la carne y no a lo que es correcto. El Rev. Rushdoony dice, “No se nos permite llamar a nuestra testarudez y rebelión de ninguna otra manera sino pecado.”² Pero, el niño que es entrenado a desechar el pecado y abrazar a Cristo, como la muda de la crisálida de una oruga, crece hasta llegar a ser una hermosa mariposa capaz de portar gracia de una manera digna.

LAS MANIFESTACIONES “MENORES” DE UN CORAZÓN REBELDE

Los niños son capaces de un aprecio grande y piadoso por las cosas espirituales, pero no si la carne está en control. Por lo tanto, los padres deben corregir minuciosamente, no a partir de la irritación o por razones egoístas, sino porque el ser padres es un encargo piadoso con consecuencias eternas delante de Dios. Cada vez que un niño sonrío muestra su desprecio por la autoridad y el amor. Cada vez que evita la mirada del padre, cada vez que habla o actúa con rudeza, expresa el pecado de Adán, el cual, si se endurece se hace aún más difícil de corregir. El padre amoroso abordará el corazón del niño requiriendo la confesión y, de

2 Rousas J. Rushdoony, *La Institución de la Ley Bíblica* (Vallecito, CA: Ross House Books, 1973), p. 69.

acuerdo a la habilidad del niño, explicar las razones Bíblicas para la corrección. Es una buena idea enseñarle al niño a agradecerle al padre (o al maestro) por la corrección. Tal práctica preparará un hábito de gratitud hacia Cristo por Su obra correctora. Los niños que se ríen o lloran de manera incontrolable están atados por la necedad (*Prov. 22:15*) y deben ser corregidos para la gloria de Dios y su bien. El frenesí habitual es un mal para el niño, que puede fácilmente endurecerse hasta formar un hábito y quizá llevar a peores problemas de conducta tales como el SDA o el desorden bipolar. De igual manera, los maestros que permiten hábitos descuidados de aprendizaje alientan el endurecimiento hasta llegar a convertirse en un carácter permanente, el corto circuito natural de las facultades humanas bajo la maldición de la Caída. El niño perfeccionista o uno que de otra manera se rehúsa a esforzarse a aprender deben ser corregidos. El perfeccionismo en el niño es pecado, desestimando la corrección y el crecimiento que equivale a la verdadera educación. Los hijos de padres Cristianos a menudo aprenden a *mirarse* justos, pero encuentran maneras solapadas de ejercer independencia y autonomía. El torcer los ojos es algo que indica una actitud del corazón hacia la autoridad legítima, en última instancia, la autoridad de Dios. Las pequeñas señales revelan el corazón del niño. Los niños deben aprender a respetar la autoridad de los padres para que puedan respetar la autoridad de Dios. Los padres deben corregir incluso las acciones aparentemente inocentes, si, a medida que la conducta se hace hábito, resulta algo menos que un amor piadoso. Lo que un niño practica y vive llega a convertirse en su carácter. Los padres que se rehúsan a corregir a sus hijos con amor y de manera minuciosa les destinan a hábitos y disposiciones pecaminosos.

El pecado resiste la inversión del entrenamiento porque ello constituye *trabajo*. Los niños son perezosos por naturaleza. Los niños deben aceptar la economía de la dificultad en esta vida bajo la maldición, para que puedan trabajar por fe y ver como su fe les es imputada por justicia. Las perspectivas educativas centradas en el niño que le permiten determinar la magnitud y dirección de su esfuerzo educativo estimulan al niño en su disposición natural hacia la pereza.

Los hombres, incluyendo a los muy jóvenes, sienten desdén por las mujeres de manera natural y pecaminosa. A la manera de la Caída, los hombres culpan a las mujeres (*Gén. 3:12*). Por lo tanto, a lo largo de la historia, los hombres han subyugado y humillado a las mujeres. En respuesta, el padre debe requerir del hijo que respete y obedezca a su madre. El niño debe aceptar la enseñanza y la corrección de la madre, lo mismo que del padre. Si muestra falta de respeto tendrá que responder delante de papá. Las madres solteras sufren de una desventaja notable en este sentido. Para compensarlo, las madres solteras deben agenciarse una resistencia adecuada. (Los hombres de la comunidad de la iglesia pueden ayudar con este punto.) El hombre joven asume rápidamente un papel de liderazgo auto-asignado en el hogar, pero sin un entrenamiento firme, lo lleva a cabo sobre una base pecaminosa. Los adolescentes varones creen en su autonomía incluso en contra de la autoridad de un padre involucrado. Es parte del crecimiento. Dios hizo a los hombres para que fuesen a la vanguardia en el mundo, para que tomasen liderazgo y dominio. Por consiguiente, Dios hizo a los hombres masculinos, con una mentalidad firme. Sin embargo, el pecado natural inclina la dura terquedad del hombre hacia la destrucción. De igual manera, los padres deben corregir a aquellos niños que exhiben una conformidad aduladora y servil mientras abrigan una actitud de rebelión. Los padres y los maestros deben ser lo suficientemente firmes como para corregir expresiones corruptas de conducta, de modo que

la firmeza de mente resida finalmente en la justicia de Dios, entrenada al inicio y posteriormente llevada a cabo por la gracia.

Ningún momento es demasiado pronto para comenzar a entrenar al niño. Cuando los padres dicen, “¡No toques esa estufa caliente!” ¿qué hace el pequeño sino tocar la estufa? Un chico buscará “liberarse” a sí mismo del abrazo de su madre, aunque una caída signifique daño o algo peor. El mismo chico se deslizará de las manos de su madre y fuera de la mesa que se utiliza para cambiarle los pañales. Debemos tomar el pecado con seriedad. Los padres deben resistir y corregir el pecado manifiesto particularmente en los niños pequeños. El remedio del pecado será mucho menos doloroso de lo que sería si dejáramos que la maleza y los codos de la naturaleza radical del pecado se establecieran y prosperaran. Los jóvenes árboles de roble en la costa de California son por naturaleza desgarbados y poco elegantes en forma. Corregir la forma requiere una sierra de cadena. Es una labor que produce sudor y que deja cicatrices, pero es mucho más fácil quitar ramas caprichosas cuando los árboles son pequeños y entrenar la forma desde el principio.

El amor gobierna con misericordia piadosa. La práctica diseñada para borrar el efecto del pecado natural *no* recomienda la dureza y la severidad. Un estándar arbitrario de logro, en lugar de un estándar de progreso y crecimiento, frustra al niño y le brinda una excusa para rebelarse. Si el niño no puede complacer a sus padres, ¿por qué tratar? Los padres deben aceptar a sus hijos y mostrarles afecto de manera incondicional. De hecho, mientras más disciplina requiera el niño, más afecto incondicional debemos brindarle. En este sentido, considere la disposición de paciencia y misericordia de parte de Jesús hacia nosotros.

Los padres y los maestros que corrijan simultáneamente lo pecaminoso y dirijan el proceso educativo hacia las actitudes, el carácter, la sabiduría, y las destrezas para respaldar una vida en el evangelio llegarán tan lejos como para apresurar el día cuando veamos que Su voluntad es hecha en la tierra como se hace en el cielo.